





EL LLANTO DE
LAS PALMERAS



María Cutiño

EL LLANTO DE
LAS PALMERAS



Primera edición: marzo de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© María Cutiño

© Ilustración de portada: *Dos mujeres detrás de la reja* de Bartolomé Esteban Murillo

ISBN: 978-84-17362-22-5

ISBN digital: 978-84-17362-23-2

Depósito legal: M-4594-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mis pequeños diablitos, Kevin, Keylin, Ángel Noel,
Tyler, Melani, Melissa y Faith,
Por si la vida los lleva a vivir a algún rincón de la tierra,
no olviden que son hijos de
Cubanos, nietos de cubanos, sobrinos de cubanos,
primos de cubanos...*



Introducción

Por el periodista mexicano Víctor Mona

Los cubanos salen de una isla pequeña y se han diseminado por todo el mundo. Uno es profesor en una universidad de Australia; otro, inauguró en Alaska un restaurante. Nada los detiene, ni el frío ni el calor. Los seduce el trópico de la Florida, pero soportan igualmente a pie firme los hielos de Boston y Nueva York... No mendiga, trabajan. Los que en Cuba eran pobres, aquí son ricos. Los que allá eran medio pelo, aquí son pelo y medio. Ningún obstáculo detiene su laboriosidad beligerante si la oferta es digna. Uno es rector de la Universidad; otro, maquilla muertos.

Cambian, pero solo en la superficie. En Miami siguen jugando la bolita (lotería Prohibida), peleando gallos a escondidas y enviando los hijos a la escuela privada. En Madrid, están contra José Luis Rodríguez Zapatero y en Caracas, contra Hugo Chávez, siempre en la oposición. Se les critica y se les envidia pero en el fondo se les admira. Gallegos por el trabajo y judíos por la voluntad de sobrevivir, constituyen una legión empecinada que no se deja ignorar. Traen su música calurosa, el ruido de sus tambores, los frijoles negros y el bistec de palomilla con moros y maduros. Pero traen sobre todo la simpatía, la cordialidad y la laboriosidad. ¿Quiénes son? Son los cubanos del destierro, la única población mundial trasplantada, que (salvo los hebreos) en más de un tercio de siglo no han perdido su identidad. Los que admiraban a Cuba desde lejos como ejemplo supremo de pujanza latinoamericana, los que veían a Cuba como un milagro étnico y cultural, donde todo parecía un relajo pero todo funcionaba bien, ya no tienen que ir a Cuba para conocerla.

Aquí la tienen dentro de los mismos Estados Unidos. Esta es Cuba. Estos son los cubanos. Exagerados, fanfarrones, ruidosos, sí, pero también intensos, profundamente creadores y buenos amigos y ¿qué no han hecho en estos 47 años de destierro los cubanos para poder sobrevivir con dignidad? ¿Cuál actividad manual o intelectual no han ensayado en este o en aquel país, por complicada que pareciera? Lo han realizado para no quedarse detrás, para no dejarse discriminar. En alguna de esas actividades han llegado tan lejos que superan a emigraciones que los precedieron por cerca de medio siglo. No hay hospital en Estados Unidos donde no haya hoy un médico cubano. No hay periódico donde no haya un periodista cubano, ni banco donde no haya un banquero cubano, ni publicitaria donde no haya un publicitario cubano, ni escuela donde no haya un maestro cubano, ni universidad donde no haya un profesor cubano, ni comercio donde no haya un manager cubano. En las Grandes Ligas del béisbol sus nombres también brillan. En Madrid, el primer poeta latinoamericano es un negro cubano. En la Coca Cola, Kellogg's, McCormick, Pepsi Cola y tantas otras, su dirigente fue un cubano. En el Congreso de Washington hay cuatro cubanos, en el Senado federal se sientan dos cubanos, el Ministro de Comercio de E. U. es un cubano, el Viceministro de Salud es una doctora cubana. Caramba, son unos pocos en éste país y llegaron hace muy poco tiempo.

En las tierras prestadas del extranjero parecen llevar siempre en la frente la marca del sitio de donde vienen. Los cubanos llevan a Cuba. La enaltecen y la honran, porque además de en la frente la llevan en el corazón. Pero hay algo en el desterrado cubano, a mi juicio, superior a esa actividad profesional triunfante, y es su odio al despotismo del que huyen, su amor a la tierra que dejaron. Eso lo separa y lo define. Eso da a sus triunfos en medio del desarraigo, una grandeza que de otro modo no tendría. ¿Por qué, preguntan algunos, no se acaban de quedar tranquilos los exiliados cubanos? ¿Por qué no aceptan de una vez que perdieron la batalla? Se han afincado definitivamente en estas tierras hospitalarias que los han acogido y donde viven en lo material muchas veces mejor que como vivían en Cuba. Los que se preguntan esto, no conocen a los cubanos. El cubano sabe esto. Aun teniéndolo todo, si les falta Cuba, no tienen nada. Quizás por ello han hecho su Cuba aquí. Saben más todavía que esta prosperidad de que disfrutan, lejos de su

isla hambreada y aterrada, es en cierto modo una forma de traición. Por eso, si se le mira bien, se verá que a veces parece que el cubano ríe, pero en realidad está llorando por dentro. Le nace el hijo, le crece, se le gradúa en la Universidad, pero el cubano suspira. ¡Ay, si estuviera en mi Cuba! Compra una casa, un auto, o una lancha y sigue suspirando. ¡Ay, si todo esto lo tuviera en Cuba! De una manera misteriosa, que no puede definir, hay un vínculo con aquello que tira de aquí hacia allá. Ahora que perdió a su país, sabe que no puede vivir sin Cuba, y la sueña de noche, y le agiganta los valores y la embellece y la idealiza, y se culpa de no haberla entendido mejor, y la recrea en sus cantos y bailes, y la revive en sus historias en sus costumbres y en sus comidas. ¿Por qué compran hoy los cubanos más libros cubanos que nunca? ¿Por qué tienen sus casas, sus negocios y sus oficinas llenas de palmas, de banderas, de escudos y de retratos de José Martí? ¿Por qué aunque sean USA citizens SIGUEN SIENDO CUBANOS? ¿Por qué se reúnen en sus municipios formados en el exilio, borrando antiguos antagonismos de partido o clase? Porque el cubano sabe que lo único auténticamente suyo fue SU CUBA y que a ella quisiera poder regresar.

No les preocupa que le devuelvan la residencia o el negocio, si lo tenían. Lo único que desean es volver a su tierra. La casa donde nació está destruida, al pueblo se lo han puesto desconocido, la madre ha muerto. Pero no importa. El exiliado cubano quiere de todos modos ir a esa casa, a ese pueblo y a esa tumba. La Patria empieza ahí. En el exilio tropieza, yerra y se equivoca, pero está salvado también porque en el fondo de su ser nunca traicionó a Cuba. Cuando llegue ese momento muchos volverán, otros no podrán hacerlo, pero las semillas que dejaron donde estuvieron exiliados no los olvidará, perdurarán por siempre y para siempre porque lo hicieron con mucho sacrificio, tenacidad y amor. Y aunque a lo mejor no tendremos la oportunidad de leerlo, muchos escribirán sobre su paso aquí para orgullo de sus descendientes.





Primera parte

Teresa la cuentera

Introducción

Cuenteros es una palabra cubana para definir el cuenta cuentos, o mejor dicho, para nombrar aquella persona que le gusta hablar constantemente, pero lo más importante es que no es un hablador cualquiera, sino uno que adorna las palabras, transportando al que escucha, a un mundo imaginario, desconocido, o fantástico con independencia del cuento y de su trama. Es tan buen contador de anécdotas que puede lograr mantener en plena atención todos los 5 sentidos de los que están escuchando, haciendo llorar, reír, electrizar el cuerpo por la corriente que emanan los espíritus, aterrorizar, y sobre todas las cosas, es capaz de hacer vivir o morir, a través de un relato. Nuestros antepasados en la pequeña isla en forma de caimán, como todos los nacidos en América, tienen fama de cuenteros, trasladando las historias a través de generaciones, de boca en boca, sin necesidad de lápiz, ni papel para escribirlas, solo con la ayuda de imaginación.

Entre nuestros cuenteros, que son millones en toda la isla, el homenaje debemos hacerlo al padre de todos los cuenteros, Onelio Jorge Cardoso, que puso en mi boca, el primer cuento. Y por supuesto a mis abuelos, que me contaron las otras historias y despertaron en mí el amor a recontar viejas historias del pasado.

El verano se acercaba lentamente, calentando el aire que desaparecía, para dejar espacio a la impaciencia y a infinidad de gotas de sudor, que



se deslizaban por todo el rostro hasta quedar detenidas en el ángulo de mi boca, sin saber si caer o evaporarse, antes de ser eliminadas por el pañuelo de color blanco, con las puntas en formas de abanicos, bordadas por mi tía—abuela, hacia más de medio siglo, y que de tanto lavarlo, casi había quedado transparente, como una hojita de cebolla. Sentada en el bar, escribía afanosamente en mi computadora portátil, haciendo buen uso de los avances tecnológicos, dejando que las palabras y los recuerdos, quedaran plasmados sobre la pantalla, como memorias a la más increíble de mis vacaciones.

Domingo, 27 julio, 2003

Habíamos llegado a Santiago en el aéreo de la noche, una guía de turismo, mulata por supuesto, nos esperaba en el aeropuerto, dejando ver una bellísima sonrisa dándonos la bienvenida he indicándonos la guagua que nos llevaría al hotel. Mis hijos estaban deslumbrados, no pienso que fuera del paisaje, ya que la oscuridad lo cubría todo a nuestro alrededor, sino de los dientes blancos como pequeñas perlas, rodeados de una boca bien delineada, casi perfecta de María José, nuestra guía, mientras mi marido Stefano como viejo camaján, le miraba babeado, las curvas que sobresalían debajo del pantaloncito de rayas rojas y blancas, cortado casi debajo de las últimas curvas de la columna vertebral.

Llegamos al hotel bien entrada la noche, sólo el tiempo de acomodarnos en la habitación, una buena ducha y caer dormida, muerta sobre una de las camitas jimaguas, mientras mi marido Stefano acompañado de mis hijos, recorrían el pueblo de Santiago. Los sentí regresar tarde en la noche entre murmullos y risas, mi marido trataba en vano de botarlos para el otro cuarto, impidiendo así que pudieran despertarme.

—Fuera, a dormir, la mamma está demasiado cansada —decía empujándolos.

Sentí las voces risueñas que se alejaban por el pasillo del hotel, mientras mi Stefano se enfilaba en la cama, silencioso, tratando de no hacer el más mínimo ruido. Fingí dormir por un momento, pero la risa escapó de mi boca, mientras lo acariciaba.

—*Scusa amore!*, ¿te desperté?

—Claro, haces tú más ruido tratando de callarlos, que ellos —dije suspirando.

—Sabes, caminamos casi todo Santiago, hasta el parque Martí, estaban bailando, imagínate con lo penoso que es Paolo, lo sacaron unas mulatas a bailar, no podíamos yo y Nando, nos moríamos de risa, le estuvimos dando cuero, hasta la puerta del cuarto —dijo mientras una sonrisa de satisfacción alumbraba su rostro, donde comenzaban a verse algunas arrugas.

—Ya es hora de que aprenda, le gustan mucho las mulatas, pero no se decide a aprender como Nando, que baila mejor que yo, que sabes es mucho decir.—Mentirosa —dijo mientras me besaba una y otra vez sobre los ojos y la boca—. Sabes una cosa, aprovecharemos estas vacaciones y les daremos algunas lecciones, solamente le falta un poco de soltura, porque el oído para la música lo tiene —Stefano se rascaba la cabeza, señal suficiente para advertirme, que moría de sueños.

—Pobrecito mío. Duerme, mañana debemos levantarnos temprano para la escalada al Turquino. Espero que las fuerzas nos acompañen —dije acariciándole la cabeza, mientras lo sentía roncar, como si mis palabras hubieran caído en el vacío más absoluto.

Lunes, 28 de julio, 2003

El sol entraba a raudales por la ventana del hotel, reflejando sus rayos sobre la cabeza de mi Stefano, su rostro era todavía angelical, las pequeñas arrugas que bordeaban su boca, no eran profundas, estaba empezando a avejentar, pero todavía era un hombre sexy, y sobre todo una «buena hoja», como diría mi sobrina Nany, especialista en cuestiones de cama.

—Despierta dormilón.

—¿Ya es la hora? —dijo restregándose los ojos.

—Sí, muévete, sino llegamos tarde al desayuno.

Durante un rato, saboreamos un buen café, de los míos, de los cosechados en mi tierra, que por supuesto son los mejores, cuando sentimos la voz melosa de la guía.

—Por favor, señores acomódense, que estamos por salir —decía a través del altoparlante la joven María José de apenas 22 años, mulata

bellísima, como todas las mujeres de mi tierra. Mientras mi hijo Pablo se babeaba en compañía de su padre.

—Vieja, ¿ya decidieron cuantos días pasaremos en el Turquino? —preguntaba, tratando de conocer si le alcanzaría el tiempo, para disfrutar de la belleza que veían sus ojos, en el asiento delantero de la guagua.

—No, pienso que una semana, más o menos, no debes estar demasiado en ansias, será difícil, solamente en contacto con la montaña, y con nuestros antepasados —dije sonriéndole, mientras lo miraba con el rabillo del ojo.

Le preocupaba dormir en casas de campañas, porque le aterraban los bichos. Visitaba por primera vez, el lugar donde nacieron mis antepasados. Nos detuvimos en un pequeño lomerío llamado Santo Domingo.

Estaba oscureciendo, los guías comenzaron a colocar las tiendas, para pasar la noche, mi hijo Fernando, miraba un poco asustado la vegetación, amaba la ciudad y odiaba el campo, como yo. Miraba desconfiado todos los pequeños animalitos que le giraban alrededor, espantándolos con desencanto. Estas vacaciones habían sido forzadas, hubiera preferido visitar una capital europea, antes que las montañas. Miraba con desagrado el entusiasmo de Paolo y de su padre, que después de un gran beso sobre mis mejillas, planeaban bañarse en el río Yara, que se encontraba cerca del campamento.

—Nando ¿no vas con tu hermano y tu padre? —pregunté. Todos le decían Nando, de pequeño, y el apodo había quedado como nombre común, a veces hasta nos olvidábamos de que se llamaba Fernando, como su abuelo paterno.

—Este lugar no tiene nada que ver conmigo, es tenebroso, solitario y lleno de bichos, me está viniendo el estrés, y acabo de llegar —dijo frunciendo las cejas. Era bellissimo, con sus grandes ojos azules y su mirada penetrante, se parecía a su abuela, su belleza europea había despertado la admiración de las muchachitas guías, que nos acompañaban.

Nos sentamos delante del fuego, lo miré con amor. No sabía cómo hacerle entender lo importante que eran para mí gente su montaña, sus ríos, sus bosques, sus historias y leyendas, como habían sido determinantes en la conquista de nuestra liberación nacional. Era demasiado joven, pero había llegado el momento de contarle la verdadera historia de sus ancestros. Acomodó su cabeza sobre mis rodillas, en señal de

aburrimiento, acaricié su rubia cabeza, entrelazando mis dedos dentro de sus pelos rizados, me recordaba a «Bebé y el señor Don Pomposo», un viejo libro escrito por Martí, que siempre formó parte indisoluble debajo de mi almohada.

—Vieja, si tú nunca has vivido aquí, en estas lomas, ¿cómo puedes sentirte tan embriagada, de algo que nunca conociste? —preguntó.

—Ante todo, no me llames *vieja*, ¿okay? Segundo, te contaré una historia. Estoy segura de que te hará cambiar de parecer. Cuando tenía más o menos 5 años, mi madre comenzó a mandarnos de vacaciones a casa de los abuelos, en el centro de las montañas. Yo odiaba las vacaciones, odiaba el campo y odiaba los bichos que se deslizaban constantemente debajo de mis pies, hasta que un día mi abuela, al caer la noche, me sentó a mí y a mis hermanos delante del fuego y nos contó todas las historias, que durante 20 años mi bisabuelo le había contado a ella. Mis bisabuelos tenían una hacienda en un pueblo de Santiago de Cuba, llamado El Cobre —dije mientras besaba la imagen de la santa Ochun que adornaba mi cuello—. La finca se llamaba «La Esperanza», más o menos a principio del siglo XIV, donde nació tu abuela y todos mis tíos, que en total eran ocho, siete varones y una hembra, mi madre. Cuentan que mi bisabuelo recorría las montañas con sus mulas, trasladando el café recogido en la cosecha, y que se pasaba a veces hasta 6 meses dentro de las montañas. A la caída del sol, se reunían delante del fuego para espantar los mosquitos, a conversar y hacer cuentos. Uno de los amigos de mi bisabuelo contaba historias todas las noches de aparecidos, fantasmas y muertos, cosas ocurridas en los lomeríos. Estos cuentos se los contaba de regreso a mi abuela, que era todavía una niñita.

Había empezado a caer la noche, habían terminado de instalar las casas de campaña, algunos muchachos comenzaron a sentarse alrededor del fuego. Cuando estaba dispuesta a iniciar una de mis historias, vi regresar a mi Stefano, dejando el cuento para otro día, bajo las súplicas de todos los presentes por saber lo ocurrido dentro del lomerío. Mi marido tenía la preferencia, al menos por esta noche, mañana sería otro día.

—Amor, estás todo mojado —dije besándolo repetidamente en la cabeza.

—El agua era increíble, oscura y tenebrosa, pero fría, deliciosa, lo repetiré nuevamente mañana, cuando nos levantemos —dijo levantando las cejas en señal de satisfacción.

—¿Tú no crees que estás un poquito viejo para estas aventuras? Y ¿si te pica un bicho? Debes estar atento, esta parte de la montaña es un poco peligrosa —comenté tratando de lograr su atención.

—*Principessa, io sono discendente del Cesare*, ¿es que debo demostrártelo? —me aferró fuertemente por la cintura, cubriendo mi boca en un largo y apasionante beso.

—No, deja para otro día, tus demostraciones, en estas tiendas se oye todo —sonreí con picardía.

—Podemos dar un paseo por el río —sonrió tratando de convencirme.

—Primero muerta, que salir fuera de la casa de campaña. Nadie te mandó cambiar mi hotel 5 estrellas por este tour al Turquino, así que confórmate.

Martes, 29 de julio, 2003

Nos levantamos al amanecer, el sol radiante se reflejaba sobre la montaña, dejando ver franjas de luces de infinidad de colores que atravesaban la cima del farallón. Cuando llegamos a la tienda donde se servía el desayuno, ya mis hijos, se atragantaban, sin siquiera esperarnos.

—Esto es hambre. Parece que ustedes no comen desde hace algunos días —sonreí acariciando la cabeza de Paolo, a quién casi no había visto la noche anterior. Era diferente a su hermano Nando, el pelo negro, el color de la piel amulatada como yo, todo su cuerpo musculoso, denotaba las raíces de mi tierra, una sonrisa solar, en una boca carnosa de dientes blancos y parejos. Algunas vacacionistas europeas lo miraban tratando de despertar su interés, pero sus ojos no se apartaban de una de las guías, mulata Santiaguera, de pelo con tirabuzones, olor a tabaco y miel, cintura pequeña, que terminaban delineando unas piernas esbeltas y parejas, que desaparecían debajo del mini short.

El guía jefe nos mostró la ruta de Santo Domingo, que nos conduciría por 18 Km hasta la cima del Pico Turquino. Iniciamos la caminata, mientras a nuestras espaldas, un grupo de jóvenes nativos, levantaba el

campamento, para colocarlo sobre mulas, que se acomodaban al final de la comitiva de excursionistas. Los guías, nacidos en la zona y acostumbrados a caminar, nos engañaban constantemente con sus afirmaciones de las distancias que debíamos recorrer y fríamente contestaban «al cantío de un gallo» ante nuestras preguntas insistentes de los que nos quedaba por caminar, sin siquiera imaginarnos que al menos faltaban 5 kilómetros de lomerío, y 18 a 20 kilómetros de subida.

Las mochilas y el cansancio comenzaban hacerse pesantes. Mi hijo Nando protestaba arrastrando su mochila por entre los arbustos, cansado y molesto, mientras su hermano y su padre nos sonríen adelantándose, a la par del guía, como buenos exploradores. Pero los años comenzaban a pesarme; me arrepiento una y mil veces de no hacer suficientes caminatas, para desarrollar mis fuerzas, y bajar el peso de mi cuerpo que se iba cubriendo de sudor, hasta el mismo huesito de la alegría. Estaba resbalosa, mojada e histérica, y ya comenzaba a cansarme la montaña, como a mi hijo Nando.

La naturaleza que comenzaba a extenderse ante nuestros ojos, nos deslumbraba. Caminábamos en silencio, roto solamente por el sonido de algunas ramas que se agrupaban a nuestros pies. Subimos un sendero y cogimos un trillo de subida, rodeado de una fuerte vegetación, que hacía la marcha lenta y trabajosa. Los helechos gigantes se atravesaban en nuestro camino, desafiándonos y cerrándonos el paso.

Era increíble la vegetación que nos circundaba. Solamente un trillo, de apenas un metro de ancho, dejado por los movimientos de hombres y bestias y rodeado de árboles de diferentes variedades. Nos movíamos atentos a no dejar los brazos entre la foresta, y los dedos de los pies entre las piedras y espinas que se enfilaban en nuestros zapatos, como si protegieran su privacidad de los intrusos.

Continuamos la marcha durante más de tres horas. Estábamos agotados y hambrientos, sólo la satisfacción de ver a lo lejos los mulos con los suministros me daba la fuerza para continuar, mientras me dejaba arrastrar a duras penas por Stefano, que ya comenzaba a dejar ver un pequeño cansancio en lo último de su mirada azul como el cielo, que no lográbamos ver por la foresta.

Casi al anochecer llegamos al campamento, en un lugar totalmente desconocido. Creo que los guías decidieron improvisar un campamento

teniendo en consideración el cansancio de la gente. Vimos llegar las mulas, tan cansadas como nosotros. Iniciaron a preparar el campamento entre las risas y el canto de los guías. El sonido de una guanfanamera entraba en mis oídos, dejando que las notas cubrieran todo el espacio y lo invadieran todo, hasta mis sentidos. Me dejé caer sobre la hierba todavía bañada por el sol, estaba muerta del cansancio, me pierdo entre notas que empalagan mis recuerdos, me despierto al sonido de la campana, que avisaba, que la comida está servida. Como siempre, mis hijos ya estaban comiendo cuando llegamos Stefano y yo.

—Ustedes no esperan, parecen dos muertos de hambre —digo besándolos sucesivamente, primero a Nando y luego a Paolo.

—*Scusa Mamma**, estas caminatas, me matarán o me dejarán sin pie —dice Nando, como siempre protestando. Se parecía mucho a su tía, siempre llena de achaques.

Le sonreí, era lo único que había heredado de nuestra familia. Terminamos la comida, y nos deleitamos con un buen café Cubita, mientras algunos encendían sus cigarrillos. Me acerqué al fuego, donde me esperaban para escuchar una de mis historias. Trataba de encontrar en los recuerdos de mi mente cansada, la mejor de mis historias, para empezar, la primera noche del cuentero.

Cuento N°1. *La virgen de la Caridad del Cobre*

Cuentan que por allá, más o menos en el siglo XVI cuando llegaron los colonizadores a la isla, trataron de imponerles a los indios un gobierno español, pero los expulsaron y los españoles tuvieron que salir huyendo atravesando montes y ciénagas para salvar el pellejo, hasta que llegaron a un poblado en la zona de Jobabo. Los indios del lugar le dieron ayuda, por lástima a los destruidos que llegaron, y en agradecimiento Alonso Ojeda, que fue uno de los primeros conquistadores, construyó una pequeña ermita, posiblemente la primera en suelo cubano, con ramas de árboles, colocando la imagen de Nuestra Señora enseñándoles a los indios a decir el «Ave María». Sin comprender muy bien el verdadero significado de la religión, los indios de aquel lugar, veneraron la imagen y mantuvieron la ermita con gran esmero, cuando Ojeda se marchó. Alrededor del 1612 era importante la sal para conservar las carnes y dos

indios y un negrito de nueve años, fueron a la bahía de Nipe en busca de sal, se llamaban curiosamente Juan de Hoyos, Rodrigo de Hoyos y Juan Moreno, conocidos por la tradición como «los tres Juanes».

Mientras caminaban por la salera ocurrió la aparición de la estatua de la virgen. Dice la leyenda que este fue el relato que hiciera Juan Moreno cuando tenía ochenta y cinco años: «Habiendo ranchado en Cayo Francés que está en medio de la bahía de Nipe para con buen tiempo ir a la salina, estando una mañana el mar calmo, salieron en la canoa antes de salir el sol, vieron una cosa blanca sobre la espuma del agua, que no distinguieron lo que podía ser, y acercándose más les pareció pájaros y ramas secas. Dijeron dichos indios: «Parece una niña», cuando vieron la imagen de Nuestra Señora la Virgen Santísima con su niño Jesús en los brazos. Sobre una tablilla pequeña, estaba escrito «Yo soy la Virgen de la Caridad». Las ropas de la santa estaban secas, con gran alegría recogieron los tercios de sal, cargaron la santa sobre la canoa y regresaron al Hato de Barajagua.

El administrador de Real de Minas del Cobre ordenó levantar una ermita donde colocó la santa. Una noche, a pesar de estar la puerta de ermita cerrada con llave, la santa había desaparecido. Se organizó una búsqueda durante toda la noche, pero en vano, ni señales de la virgen, hasta que en la mañana, la encontraron como siempre en el altar, donde mismo la habían dejado la noche anterior, y la puerta cerrada con llave.

El hecho se repitió tres o cuatro veces, hasta que pensaron que la santa quería cambiar de lugar y la trasladaron con gran pena para el Templo Parroquial del Cobre, situándola sobre el altar mayor, pero nuevamente volvió a desaparecer y a reaparecer a la mañana siguiente, hasta que una niña de nombre Apolonia subió hasta el centro de las minas de cobre donde trabajaba su madre. La niña cuentan que iba cazando mariposas y recogiendo flores, cuando sobre la cima de una de las montañas vio a la Virgen de la Caridad.

La noticia de la pequeña Apolonia causó gran revuelo. Unos creían, otros no, pero la niña se mantuvo firme en su testimonio, así que decidieron llevar a la virgen hasta la cima de la montaña y dejarla allí, hasta 1927, el 8 de septiembre, que se le construyó un santuario que diera asilo a todos los peregrinos que venían a visitarla. Los devotos de la virgen, se llevan siempre como recuerdo un pedazo de piedra con pequeñas par-

tículas de cobre, que brillan al sol, como pequeñas luces y en cambio le ofrecen a la santa flores de girasol, para adornar la capilla.

Cuento N°2. *Cecilia Valdés*

Contaba el escritor Cirilo Villaverde, que en el siglo XIX vivía una niña de nombre Cecilia Valdés, criada en una casa de maternidad, correteaba descalza por las empedradas calles habaneras sintetizando en sus pasos cantarines una época romántica y cruel, de amos y de esclavos. Había entonces negros trabajando para comprar la libertad de sus hijos y que entraran en el mundo que soñaban, mientras que muchos blancos resbalaban para unirse sin quererlo a quienes abandonaban los grilletes; Cecilia Valdés venía creciendo entre los que sudaban dentro de cañaverales y entre los que paseaban en elegantes carruajes.

Ella vivía como personaje de novela, donde los demás la llamaban *La Virgencita de Bronce* y con los años fue metiéndose en el alma de los nacidos en esta tierra, hasta que un día empezó a respirar por sí sola, abrió sus enormes y oscuros ojos, movió el cimbreado cuerpo dentro del vestido azul, blanco y amarillo que le sentaba de maravilla, besó el aire y entró en el baile con gran coquetería, seduciendo a los músicos y a los jóvenes todos, a los gallegos aplatanados y a los criollos lijosos, que con ira miraban a los otros por sentirse diferentes.

La hermosa Cecilia mulata criolla ignoraba que era hija legítima del rico español Cándido de Gamboa y Leonardo el hijo de Don Cándido, sin conocer esto, cae rendido a sus pies y la convierte en su amante. Mientras el mulato José Dolores Pimienta enamorado de Cecilia sin ser correspondido. Presionado por las convicciones sociales, que eran demasiado importantes en aquella época, Leonardo abandona a Cecilia para casarse con la distinguida Isabel Lincheta. Al concluir la boda, Pimienta alentado por los celos de Cecilia, mata delante de la iglesia a Leonardo, sin saber que Cecilia estaba esperando un hijo de su amante.

Al nacer la niña, del fruto del amor de los dos hermanos, Cecilia es recluida en el Hospital de Paula, donde se encuentra a su madre, enferma de la mente, la cual recupera la razón y reconoce a su hija antes de morir. Esta historia contada en un gran libro, cierra una época de

diferencias de clases y amores destruidos por las posiciones sociales, otra cosa más por la que deben sentirse contentos de vivir en esta época.

Cuento N°3. *La Giraldilla*

La Giraldilla es el más antiguo de los símbolos de la Ciudad de La Habana. Se trata de una veleta con la figura de un aborigen. Ésta sostiene en su mano derecha una varilla de palma, y en su mano izquierda la cruz de Calatrava. Tiene una altura de ciento diez centímetros, luce un medallón con el nombre del autor de la escultura, y lleva la falda recogida sobre el muslo derecho. Cuenta la leyenda que el 20 de marzo de 1537 la Corona española nombraba a don Hernando de Soto séptimo gobernador español en Cuba, con la idea de que organizara una expedición a la Florida, debido a la cercanía de la Isla a la península descubierta por Ponce de León.

El 12 de mayo de 1539 partía Soto de La Habana hacia la Florida, al frente de la expedición deseada por el Rey. Desde ese día, más que atender al gobierno, doña Isabel se pasaba horas enteras en lo más alto del castillo de la Fuerza —que por aquel entonces era vivienda del gobernador de Cuba—, escudriñando el horizonte con la esperanza de ver aparecer los barcos que le regresaban a su amado esposo.

Aquella vigilia de años, convirtió a Isabel en un personaje legendario. Soto nunca regresó, murió en las cercanías del río Mississippi, el 30 de junio de 1540, pero su leal esposa continuaba esperándolo. Dicen que Isabel finalmente murió de amor. Unos años más tarde un artista habanero de origen canario, Jerónimo Martín Pinzón (1607-1649) se inspiró en aquella mujer y esculpió una figura en su honor. Entre 1630 y 1634, y por orden del gobernador Juan de Bitrián y Viamontes fue fundido en bronce y colocada en la parte más alta del baluarte noroeste de la Real Fuerza.

El gobernador Beltrán la llamó La Giraldilla, en recuerdo de La Giralda de su ciudad natal, Sevilla. Poco a poco, la Giraldilla se fue convirtiendo en símbolo de la ciudad de La Habana, conservando para siempre en su resistente bronce la leyenda de Isabel de Bobadilla. Durante siglos, la veleta se mantuvo intacta en su sitio original, a pesar de que decenas de huracanes azotaron la Habana.

El ciclón del 20 de octubre de 1926 la arrancó de su pedestal y la precipitó al patio de la fortaleza. La figura que se encuentra en la Real Fuerza hoy en día es una réplica. La original se halla en el Museo de la Ciudad —antiguo Palacio de los Capitanes Generales—.

Termino la historia dejando pensativos a los presentes, pero el cansancio empieza a notarse sobre mis ojos, prefiero ir a dormir, mañana será una larga y dura jornada.

Miércoles, 30 de julio, 2003

Nos levantamos a las 7 para desayunar, preparamos los bultos para iniciar la ascensión a las 9:00. Caminamos sobre una empinada carretera de 5 Km de largo. En el trayecto sentimos el canto del Toco-ro-ro, despertando la algarabía en el grupo, lógicamente espantando al pobre pájaro, que se alejó huyendo como alma que lleva el diablo. Dos horas más tardes vimos un pitirre y un arriero, con su bellissimo plumaje rojizo en su larga cola. Había un manantial, con un agua fresquísima, que brotaba al pie de la montaña, protegida por unos tubos, para evitar la contaminación del agua.

Nos detuvimos en Alto Naranjo un mirador natural desde donde podíamos ver Paso Malo, el encargado de recoger las aguas del río Yara. En el comedor, comentábamos la belleza de los paisajes que poblaban la zona. Hicimos un descanso de 2 horas, para continuar la ruta hacia el Pico Mella. Todo estaba rodeado de una fuerte vegetación, grandes cantidades de árboles frondosos se alzaban desafiantes a ambos lados del camino acompañados todo el tiempo por el canto armonioso de toco-ro-ro, zunzunes, ruisiñores, zorzales, y hasta un negrito que se asomaba al tronco de un árbol, deleitándonos con su canto.

Durante toda la caminata, nos deslumbró la inmensa vegetación caribeña, que se ofrecía hermosa a nuestros pies, como si desafiara la civilización, que convierte los árboles en rascacielos, y las flores en adornos florales. Aquí todo era al natural, verde, incontaminada y divina naturaleza, en fase de extinción, que dejaba a nuestro paso un olor indomestizable de vida y perfumes.

Caminábamos lentamente, la subida era verdaderamente extenuante. Los más jóvenes se adelantaban, caminando perturbados al lado de los guías, mientras los más viejos se quedaban al final de la comitiva. Yo,

por supuesto, estaba entre los más viejos y los más jóvenes, me sentía un poco avergonzada de haber caminado estas montañas tantas veces durante toda mi vida, pero esos eran otros tiempos, diferentes y lejos hasta de mi imaginación.

Casi al caer la tarde llegamos a la comunidad de La Platica. A la entrada nos detuvimos a ver un bellissimo orquidario, dejando nuestros criterios de jardineros verdaderamente lastimados. Todo estaba florecido, con grandes orquídeas de diferentes colores. Durante un rato contemplamos la naturaleza que rodeaba el orquidario, hasta que la voz de que debíamos continuar se hizo escuchar. Seguimos todo el sendero hasta el campamento donde montaron las casa de campañas y nos preparamos para la comida.

Mi marido y mi hijo Paolo estaban entusiasmados por la subida empinada, que se acercaba, mientras que Nando refunfuñaba de las ampollas que tenía en los pies. El guía nos dio una pomada para ponerle, y decidimos dejarlo en el campamento, pero no lo aceptó, no quería perderse las historias que iría contando durante el trayecto y estaba decidido a continuar hasta la misma cima del Pico Turquino, aunque tuviera que caminar a cuatro patas sobre el terreno. Esto me llenó de gran orgullo. Estaba segura, de que esta excursión cambiaría su vida para siempre. Después de la comida, nos sentamos delante del fuego. La noche era oscura, la luna, en cuarto menguante, se reflejaba sobre el campamento y los árboles dándole un aspecto tenebroso. El grupo se apretaba delante del fuego, como queriendo pasar el miedo, a su vecino más cercano. Creo que era el momento de despertar el terror en los vacacionistas.

Cuento N°4. *El Güije*

Contaba mi abuela, que por allá por Mayarí, en un pueblecito llamado Jagüey Grande, aparecía todas las noches al lado del río, un niño, no muy alto, con los pelos rizados, y ojos saltones. Se dedicaba hacerle maldades a todos los guajiros que atravesaban el río, comenzando la gente a bordear la sabana, para no cruzárselo en su camino, hasta un día que un recolector de café con su familia, construyó su bohío en la ribera del río.

Tenían una hija bellissima, que iba todas las tardes a bañarse al riachuelo, de aguas cristalinas, a pesar de los consejos de la gente

de no quedarse hasta la caída del sol, que era la hora en que solía aparecer el Güije, como lo llamaban los campesinos, la muchacha, que se llamaba Mercedes, siempre llevaba una bolsa, con el peine y una toalla, y se pasaba horas peinándose el pelo negro, reflejado en el agua. Una tarde, cuentan que sintió la presencia de alguien en la otra orilla del riachuelo. Cuando giró la cabeza, se encontró de frente a un niño, con la cabeza grande y los ojos saltones, que traía entre las manos un cuenco.

Al principio le pareció inofensivo, pero según se acercaba iba comenzando a cambiar de criterio respecto a la figura horrenda que se reflejaba en el agua, y cuando estaba segura de que lo mejor era salir corriendo, sintió una voz que le cantaba, mientras reía, brindándole un poco de miel de dentro del cuenco que traía en las manos.

Desde entonces se hicieron amigos, y todos los días venía a la margen del río a comer la miel que su horrendo amigo buscaba para ella, hasta que la casaron y se trasladó a otra ciudad. Fue entonces cuando los vecinos de la laguna sintieron el llanto de un niño, todos los días al caer el sol. Era el güije, que había perdido una amiga que había logrado ver la belleza que llevaba por dentro.

A partir de ese momento, las bromas de poco gusto comenzaron a rodear a los pobladores del batey. Aparecían las vacas fuera de los corrales, las gallinas en los potreros y los caballos en los jardines. Todos sabían que eran las bromas del güije, que triste por la pérdida de su amiga, trataba de entretenerse asustando a los demás.

Durante años, los arrieros que recorren las montañas y savanas amarran las bestias cerca del fuego, y se protegen del güije con cuencos, cruces y todo aquello que pueda mantener alejado al pequeño e infeliz monstruo de la laguna.

El silencio se hizo aterrador, todos los cuerpos sudorosos se pegaban unos a otros, mientras miraban la oscuridad impenetrable de los árboles vecinos, como si la horrible figura pudiera aparecer en cualquier momento, a jugarles una mala pasada.

La noche había dejado su puesto a la madrugada, pero ante algunas insistencias, decidí contar otra historia de terror, así se irían a dormir.

Cuento N°5. *El fantasma de Hatuey*

Cuentan que por allá por Baracoa, en el último punto de la isla, un guajiro de regreso a casa, casi a medianoche, mientras cantaba décimas, montado en su caballo, vio a lo lejos una luz que se movía lentamente en dirección a la montaña. Por un momento, contuvo la respiración, pensando que desaparecería como había llegado, pero la luz se movía a su alrededor, poniéndole de punta los pelos de los brazos y del cuello. Arrió con fuerza su caballo, clavándole las espuelas y partiendo al galope en dirección a su bohío, donde llegó blanco como el papel y con unas diarreas que le duraron una semana.

Durante días, los vecinos pasaron la historia de boca en boca, dándole el calificativo de pendejo y de cobarde, hasta que una noche, casi a la entrada del invierno, otro guajiro vio la luz, que le venía encima, llegando a su casa con el caballo derrengado y casi muerto. A la famosa luz, los vecinos del batey la llamaron la Luz de Yara. Cuentan que ese mito estaba relacionado con el suplicio de Hatuey en la hoguera, que era un indio dominicano llegado a Cuba huyendo de los peninsulares de La Española. En Cuba se enfrentó a los conquistadores y fue quemado vivo en la región de Yara. Cuenta la leyenda que una tenue y misteriosa luz, desprendida de la inmensa hoguera del sacrificio, vaga errante por las noches reclamando a los españoles el oro que se llevaron de Cuba.

Cuento N°6. *El fantasma de Olegario*

Contaban los pobladores de río abajo, por allá por Palma Soriano, un pueblecito del segundo frente oriental, que había una familia de guajiros que tenía tres hijas, todas en edad de casarse, pero ningún guajiro se atrevía a traspasar la tarantela de la finca, por el terror de quedarse frito delante de ella por la escopeta del viejo Olegario, el padre de las muchachas.

Los jóvenes del pueblo comentaban todos los días en el almacén, delante de una buena botella de ron, como podían despistar al viejo guajiro Olegario, para llevarle una de las hijas. Hasta que llegó al batey un estudiante habanero, que venía de visitar a su familia, en un poblado cercano. Este muchacho, de nombre Agapito, ideó un plan después de

haberse informado de que el guajiro Olegario, le tenía terror a los muertos y aparecidos.

Prepararon algunas sábanas con pequeños huecos, por donde sacar los ojos, y dentro de las sábanas pusieron una linterna dejando que la luz se filtrara a través de los huecos de la cabeza.

Cuentan que esperaron al guajiro en las afuera de la finca, por más de tres horas, hasta que sintieron el canto con que se daba valor mientras atravesaba la manigua. Eran en cinco. Tratando de aguantar la risa, se plantaron delante del guajiro, que aterrorizado salió corriendo como alma que lleva el diablo, cayendo fulminado de un infarto, casi delante del terraplén que separaba la casa del jardín. Asustados los muchachos, avisaron corriendo al médico, pero nada se podía hacer. El viejo guajiro Olegario estaba muerto y bien muerto.

A partir de ese momento, muchos fueron los guajiros que veían una luz que rondaba la casa de las hijas, y alguno hasta aseguraba que era el viejo Olegario que había regresado del Más Allá para proteger la reputación de su familia. Nadie podía asegurar si era cierto, o simplemente un viejo cuento, pero todas las noche, la sombra de una luz, que se movía alrededor de la casa hasta el amanecer, para desaparecer con los rayos del sol y regresar a la caída de la noche, ahuyentaba a todos los pretendientes. Por este motivo, las bellas hijas de Olegario se quedaron para vestir santos, porque ninguno estaba dispuesto a enfrentarse al fantasma.

Jueves, 31 de julio, 2003

Nos levantamos a las 6:45 de la madrugada. Debíamos finalizar la ascensión del Turquino para iniciar el descenso al otro día. A partir de este momento comenzamos a ver unos carteles que anunciaban los kilómetros recorridos. Hicimos un alto en el kilómetro 3, un lugar llamado Pico Palma Mocha, que tenía un mirador espectacular. Continuamos caminando por un terreno que lo mismo subía que bajaba; llegamos al kilómetro 7; el guía nos pedía constantemente de estar atentos, porque a ambos lados del camino habían barrancos, desde donde se podían ver infinidades de pinos.

Casi al llegar al kilómetro 10 tuvimos que detenernos porque comenzó un fuerte aguacero. Esperamos por un poco, para continuar casi

corriendo hasta el tramo que nos faltaba para llegar al campamento. Tuvimos que permanecer bajo techo hasta casi llegada la noche, que amainó un poco y se comenzó a instalar las tiendas de campaña.

La campana anunciaba la hora de la comida y corrimos al comedor. en la tienda principal, afamados y muertos de cansancio, pero entusiasmados y alegres por la culminación de nuestro tour. Saboreamos un succulento plato de puerco con arroz y frijoles negros, que por un momento nos hizo olvidar las ampollas de la extenuante caminata.

Todo estaba mojado, hasta la leña para hacer la fogata, así que tuvimos que contentarnos con lámparas improvisadas a nuestro alrededor. Estaba cansada pero la promesa de contar historias no podía olvidarla, así que llené de aires mis pulmones y comenzó mi nuevo relato.

Cuento N°7. *La Milagrosa*

Entre todas las leyendas, historias de muertos y de aparecidos, una que verdaderamente recuerdo con mucho amor, es la historia de la Milagrosa. Amelia nació el 29 de enero de 1877, proveniente de la alta aristocracia habanera. Joven hermosa y de gran estirpe social, acumulaba a su alrededor gran cantidad de pretendientes por su gran belleza, pero sobre todas las cosas, por su gran sonrisa y su carácter alegre y sociable.

Durante un largo tiempo, se mantuvo soltera, hasta se enamoró de un joven de nombre José Vicente Adot y Rabell, provocando la oposición familiar, porque eran primos de segundo grado. A pesar de las guerras con sus familiares se casaron y se convirtieron en la pareja más bella y enamorada de la época, hasta el 1901, en que salió embarazada, y el médico le recomendó un reposo absoluto si quería salvar su gravidez. Su marido, en señal de complicidad, todas las mañanas se sentaba a los pies de la cama de su joven esposa, contándole todos los planes de trabajos que debía cumplir durante todo el día, y si ella estaba dormida, se lo contaba igual a baja voz, para no despertarla, esperando que en su sueño bendijera sus acciones como si fuera una diosa. No quería que el encierro por el embarazo la obligara a estar alejada de sus empeños sociales. Cuando el embarazo llegó a término, su salud comenzó a meter en peligro su vida y la de su criatura, debido al aumento de la presión arterial, muriendo el 3 de mayo de 1901, al sufrir un ataque de eclampsia

(Hipertensión), a los ocho meses de embarazo, al igual que su pequeña hija. Ante el terrible dolor, la familia decidió enterrarla en la bóveda del Cementerio de Colón, entre lágrimas y dolor.

El viudo, un capitán de las guerras de independencia contra España, quedó verdaderamente turbado de la muerte de su mujer y no podía resignarse a tal pérdida de su mujer y de su pequeña hija, por lo que iba a visitarlas hasta dos veces al día, en el cementerio. Día tras día, los enterradores veían llegar delante de la tumba al pobre marido enamorado que tocaba una de las cuatros argollas de la tapa del panteón, la de la izquierda, la del corazón de su joven esposa, como si quisiera avisar a su mujer que había llegado. Conversaba con Amelia como si estuviera dormida y no muerta.

Durante años, venía en la mañana y durante la noche, se paraba delante de la tumba, conversaba por un rato, y abandonaba el panteón, con el sombrero sobre el pecho, caminando de espaldas para no dejar de mirarla, hasta desaparecer entre los grandes árboles que protegían la tumba.

Cuenta la historia que el marido abrió la tumba, trece años más tarde, para enterrar a su padre y quiso ver a su amada por última vez. Según se cuenta, el cuerpo estaba intacto y bellísima, con su pequeña hija sobre su pecho, como si la estuviera lactando. La voz fue pasada de boca en boca, como un milagro. El dolor volvió a postrarlo por algunos días, hasta que decidió volver al cementerio a hablar con Amelia, continuando el ritual de tocar las argollas de la izquierda y retirarse de espalda, hasta su muerte, cuarenta años después.

La leyenda de la Milagrosa sirvió de inspiración al escultor cubano José Vilalta Saavedra, quien, en 1914, realizó una obra en tamaño natural con el hermoso mármol de Carrara como materia prima, donde representó la figura de una mujer joven cuya vista se dirige hacia lo alto en señal de fe. El brazo izquierdo de la estatua rodea a un recién nacido y el derecho se apoya en una cruz latina, considerada símbolo de sacrificio.

La historia se divulgó como el viento entre los habaneros que convirtieron la tumba de Amelia en un lugar donde pedir protección para sus hijos, por un parto complicado, hasta de parejas que no podían tener hijos. Muchos fueron y han sido los milagros realizados por la Milagrosa, creando a su alrededor una inmensidad de devotos y peregrinos que,

de espalda, dejan señales de agradecimiento, después de sonar la argolla de la izquierda de la bóveda.

Los ojos de mis compañeros de tour estaban llenos de lágrimas, la historia les había impresionado hasta el punto de querer visitar el cementerio de la Habana, para conocer a Amelia.

Cuento N°8. *La muerte del gorrión*

El jueves Santo del 25 de marzo de 1869, en plena lucha entre cubanos y españoles por la independencia de nuestro país, un tirador del séptimo batallón de voluntarios se encontró a un gorrión muerto mientras hacía su guardia en el Palacio de Gobierno en la Habana.

En aquellos tiempos, cubanos y españoles se ofendían mutuamente llamándose bijiritas y gorriones, nombres de aves que fueron asumidos por cada bando como un símbolo. Así, el citado voluntario trasladó el animalito muerto al Cuerpo de Guardia, donde cabos y sargentos del Cuerpo de Voluntarios le rindieron honores militares. Tras embalsamarlo, se le trasladó al Castillo de la Fuerza, donde quedó en capilla ardiente, en medio de gran cantidad de flores. No faltaron inspirados versos para el caído, como éste:

*Ilustre veterano de la guerra,
cubierto de gloriosas cicatrices.
Triunfante de cien batallas,
jamás volvió la espalda, a su eterno enemigo,
la bijirita...*

El velorio duró días y le llevaron por varias provincias. Imagínese usted que fue tanto el arroz —que es la comida del gorrión— lanzado al paso del Cortejo por las ciudades de Cárdenas y Matanzas, que los pies se hundían en un mar de granos. De nuevo en la capital, hubo honores de Jefes de Estado, donde estuvo presente hasta el mismísimo Capitán General.

La histeria española llegó a tal punto, que en esos días fue sorprendido un gato comiéndose un gorrión. El gato fue apresado, sometido a torturas y acusado de conspirar contra la Colonia. Solo la intervención de su dueño, un catalán que dio fe de la fidelidad política del felino, pudo salvar a este de morir. ¿Qué les parece? Pues nada, que el cadáver del mencionado

gorrión fue depositado en el Obelisco del periódico de la Voz de Cuba, en la calle 5, entre A y B, Cuartel oeste, del Cementerio de Colón.

Cuento N°9. *El muerto parao*

Hay personas que nacen de pie y la buena suerte les acompaña siempre, aunque sean malvados. Pero algunos logran lo que quieren aun después de muertos. Ese es el caso de Eugenio Casimiro Rodríguez Carta. En la Necrópolis de Colón, de pie y con fusil al lado, yace este asesino consumado. El mismo se llevó a la tumba a varias personas, y nunca pagó su deuda con la justicia. En el año 1918, Rodríguez Carta cumplía cadena perpetua en el Castillo del Príncipe por haber asesinado al Alcalde de Cienfuegos.

Conoció en ese lugar a una bella mujer que acudía a la cárcel para ver a su esposo, que era el jefe del Penal. Se trataba de María Teresa Zayas, hija de Alfredo Zayas, quien llegaría a ser presidente de la República. La buena suerte tocó a las puertas de Eugenio, pues la dama se enamoró de él y olvidó al marido. Al poco tiempo Eugenio saldría bajo indulto presidencial y se casaría con la mujer, llegando hasta la mismísima Cámara de Representantes bajo la sombra de su suegro. Por ese entonces comenzó a preparar su sepulcro, en el que quería ser enterrado verticalmente pues afirmaba: «un tipo que cayó de pie en la vida, tiene que caer parado también en el infierno».

Poco después volvería a caer tras las rejas nuevamente, esta vez por matar a tiros a un Senador. Las riquezas acumuladas y sus buenas relaciones le aseguraron un encierro lleno de comodidades y prebendas. Hoy se mantiene de pie, a pesar de estar muerto, único caso en este cementerio y creo que en el mundo. Sigue acompañado del fusil con que dio muerte al alcalde de Cienfuegos.

Cuento N°10. *La casa embrujada*

Cuentan que por allá por Alto cedro, cerca de Santiago, había una casa, donde habían vivido tres hermanas. Dicen que todos los días salían a recorrer el pueblo con sus sombrillas de diferentes colores, se llevaban muy bien y estaban muy unidas, y siempre se les veía juntas, a toda hora.